

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS
(I PARTE) 09-02
EL PADRE DEL CUCHILLO
(I, cc. 5-8)**

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 20/07/2023
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com



FATEMA BUJUDMI EN LA CIUDAD DE LOS VIENTOS

**Huida hacia la costa de Lauari Bujudmi
y su prima, en realidad sobrina, Fatema Bujudmi,
y el encuentro con el moreno Salem y la princesa
Fatema Bentmalek**

Fue por entonces cuando planeó un nuevo viaje de huida, de regreso a la costa, aconchabado o de connivencia con su prima -en realidad sobrina- Fatema y con su ayuda. Entre los dos prepararon lo que juzgaban necesario para el viaje, un bolsón con no demasiada ropa y algún dinero. La víspera del día previsto la chica le pidió por favor que la llevara con él, que en secreto había ido preparando también sus bártulos para el viaje, que el pueblo y la casa se le caían encima además de que, se había enterado, su padre estaba interesado ya en preparar su boda a la manera tradicional.

De entrada, a Lauari Bujudmi le asustó más que le agradó la decisión de Fatema, pero fue fácil de convencer para la muchacha.

--He comprado dos billetes para el autobús de la noche en lugar de uno, primo, y con el jaik antiguo de la abuela más pareceré una vieja que una chica. Creo que tu mismo, conmigo al lado, puedes viajar más tranquilo y al margen de toda sospecha.

Así lo hicieron. A las dos de la madrugada, hora en la que pasaba y hacía una parada discrecional el autobús nocturno que atravesaba todo el altiplano de sur a norte, la casa de los Bujudmi y el pueblo entero en su sueño cotidiano, Lauari y Fatema estaban en la estación de autobuses, la chica perfectamente camuflada su juventud con el jaik de la abuela, Lauari haciendo su papel de hijo o nieto solícito con su pariente vieja.

--Perdone, hermano. Mi vieja no está acostumbrada a estos viajes nocturnos e incómodos. Si no le molesta, me gustaría sentarme a su lado para que pueda recostar la cabeza en mi hombro y dormir un poco. Perdona, hermano.

Todo fueron amabilidades por parte de sus compañeros de viaje, a Fatema a punto estaba en ocasiones de que se le descubriera la sonrisa ante el buen teatro de su primo, en realidad tío, Lauari. El autobús no era muy cómodo y la cantidad de paquetes, cestas y atadillos variopintos le daba un aire más destartado aún de lo que era. Un muchacho de tez muy oscura acompañado de otra mujer velada, un asiento por delante de ellos, se volvió en varias ocasiones con pretextos

más o menos fútiles -"fuego, por favor", "¿queréis un poco de agua?", "Perdonen, pero ¿sabes si falta mucho para la ciudad del vino, antigua Mascara?", y disculpas por el estilo- que, a pesar de su sonrisa amistosa y mirada franca y brillante que el sopor e insatisfecho sueño acentuaba, consiguió incomodar a Lauari.

--Este tipo busca algo, prima -le comentó por lo bajo a Fatema.

--Creo que ha visto mi rostro, antes, cuando nos pasó el termo de agua y bebí. Puede ser que intente entablar conversación con nosotros, camino de una ciudad que no parece conocer -y el susurro de Fatema calmó un tanto a su compañero de huida.

Tras las ventanillas del autobús el negror comenzó a animarse con un ligero y lejanísimo clarear. Después de una enésima cabezada, Lauari vio el albor y se sintió completamente despejado de mente; Fatema aún dormía apoyada en su hombro, medio rostro descubierto. Fue entonces cuando sus ojos se toparon con los del vecino del asiento de delante que, en postura rara para que su compañera de viaje pudiera descansar mejor, había podido observarles a su gusto todo el tiempo que hubo deseado. Lauari se incomodó, el otro debió captar su gesto de disgusto, le devolvió un guiño amistoso y una sonrisa y le dijo muy quedo:

--No tengas miedo de mí, hermano. Creo que estamos en las mismas circunstancias -y le tendió el termo con agua.

Las diez de la mañana serían cuando llegó el autobús a la ciudad de los vientos, antigua Guajarán. A esas horas, Lauari y Fatema sabían que en casa de los viejos habrían descubierto ya su falta y estarían investigando su huida; pensaban, por otro lado, que era pronto para que hubieran dado parte a la policía. Entraron en un café cercano a la estación

--Tendríamos que ponernos en contacto con Busacram para ver cómo van las cosas, ¿no crees?

Fatema opinaba que era mejor telefonar sólo, que debían buscar un hotel hasta que se calmaran los ánimos de los parientes y desearan más verles que castigarles. El chico moreno y la mujer velada entraron también en el café y se instalaron en la mesa de al lado, la mujer velada -que a pesar del jaik se adivinaba mujer joven- muy cerca de Fatema, el moreno frente a ella y dando la cara -sonriente y de mirada franca- a aquellos con los que claramente buscaba conversar.

--Largo el viaje, hermano, ¿eh? -comentó con Lauari.

--Largo y fatigoso, amigo -respondió el Bujudmi, y ambos pidieron café con leche.

--¡Cuatro mitad-mitad! -voceó el chico del café, medio dormido aún, despeinado y desarrapado, como si hubiera dormido vestido y acabara de despertarse a pesar de lo avanzado de la hora.

El moreno mostró extrañeza al oír el "mitad-mitad" del camarero y Lauari vio confirmado lo que pensaba Fatema, que no sólo eran forasteros sino que aquel podía ser el primer viaje a la ciudad de los vientos, que aquellos dos estaban en una ciudad que no conocían y deseaban comunicar con alguien que les mostrara los secretos que toda ciudad encierra y que, sin un guía de confianza, tardarían mucho tiempo en descubrir. Fue la compañera del moreno quien, dejando al descubierto su rostro -joven, bello, de extraordinaria blancura, casi palidez, y animado por grandes y brillantes ojos negros y boca finamente dibujada-, habló con Fatema con acento de región lejana, tal vez de la costa atlántica magrebí.

--Hermana mía: venimos huyendo desde muy lejos y no conocemos esta ciudad. Mi primo y compañero de huida me ha dicho que podemos confiar en vosotros; os ha observado durante el viaje y tal vez estáis en nuestras mismas circunstancias. Tenemos bastante dinero para el viaje y sólo necesitamos confianza y amigos.

Fatema descubrió su rostro también, no menos gracioso que el de aquella muchacha aunque mucho más moreno, y sonrió. El chico del café les sirvió lo que habían pedido y le dijeron que trajera algo de bollería o algún pastel.

--Soy hija del rey Malek H. Ntani II, a quien mi primo Salem y los de su pueblo llaman el Cruel -al decir la chica esto, el moreno sonrió-. Me llamo Fatema. Necesitamos ayuda.

Tomaron el café en silencio con algunos pasteles de almendra de los que había traído el camarero. Las miradas que se intercambiaron eran ya de confianza y un tantito de ansiedad. Fue Lauari Bujudmi quien, en breves palabras, sugirió un plan.

--No es conveniente buscar hotel en nuestra situación. Vamos a tomar un taxi hasta la Cueva del Agua, me esperáis en un paseo de palmeras que hay allí, y yo hablaré con la vieja Mamía para que nos aloje mientras ordenamos las cosas.

Las dos muchachas se besaron, rieron al comentar Fatema Bujudmi que tenían el mismo nombre, y el mulato Salem y Lauari se estrecharon las manos, nacida la confianza, promesa de amistad.



MAMÍA EN LA CUEVA DEL AGUA

6

La Cueva del Agua y la anciana Mamía

La Cueva del Agua, tan bien conocida por Lauari de sus escapadas infantiles, a la salida del puerto grande de la ciudad de los vientos, era un pobladillo al margen de los diferentes barrios de la ciudad, con acceso únicamente desde el interior del puerto mismo o descendiendo un empinadísimo y zigzagueante camino, como de cabras, desde un paseo de palmeras que recorría la parte alta del acantilado. A medio descenso había una cueva natural en la que de antiguo existía una especie de lavadero o abrevadero -aunque allí un abrevadero parecía carecer de sentido al no ser zona ganadera-, alimentado por una fuente de agua fresca y limpia.

Aquí y allá, en lugares insólitos del acantilado y comunicadas por senderos angostos, casitas entre matorrales y árboles más o menos inclinados, algunas en ruinas, otras de nuevo ocupadas y restauradas por nuevos moradores, daban a aquella sucesión de rocas el aire de pueblecito disperso construido por gentes que debieron amar vivir como las gaviotas o las águilas.

Y al fondo del acantilado, desde donde sólo se podía divisar mirando a lo alto las copas o penachos de las palmeras del paseo de arriba y algunos puntos de la baranda, hasta dos docenas de casitas, casi chabolas si no hubieran sido tan lindas, construidas con madera y materiales de ocasión las más, con portalones que cerraban cobertizos destinados a guardar las barcas de los pescadores que las habitaban.

Era la Cueva del Agua, allí donde Mamía tenía su casa con amplia baranda de madera mirando al mar.

Mamía era el corazón de aquel mundo diminuto y semicerrado en sí mismo, agujero oscuro, casi pozo negro inaccesible de la ciudad de los vientos. La ciudad miraba a Cueva del Agua y a sus gentes con mezcla de respeto, desprecio, temor y sentido de culpa, como un peligroso bastión de dramática libertad. Y era Mamía la gran reina, o madre, o abuela mejor, de tanta gente, innumerable y variopinta, de dispares procedencias, que había hecho de aquel lugar su casa grande, su refugio, para algunos su retiro final.

Tenía Mamía edad indefinida, aunque debía de ser muy mayor. Ella decía que hacía más de cincuenta años que no había abandonado Cueva del Agua, aquel gran agujero cuyas tres paredes eran de roca y cuya cuarta pared era el mar, su casa de barandas de madera, de media mañana al atardecer mimada por el sol. Vestía, como las viejas antiguas de la región, vestidos largos de telas vaporosas y de colores claros -azules cielos, rosas encendidos, amarillos canarios o tenues, verdes como hojas de nogal en verano-, con cintura bien marcada por cinturón metálico o de cintas trenzadas y amplios escotes de alorzas, volantes airosos en pechera y hombros adornados con cintas, piedras de colores, en apliques geométricos o florales, y aljófar o perlitas diminutas... Sus collares y pulseras no eran ya de gran valor: los primeros años de reclusión en Cueva del Agua habían sido duros y sus joyas habían sido empeñadas o vendidas muchos años atrás por problemas económicos propios o ajenos. Cuando, ya Mamía reina o abuela del lugar, le traían regalos de telas o joyas, éstas eran vistosas y hermosas pero no valiosas, bisutería del país o de lejanas tierras; más que tesoros, muestras de cariño, ficción de un mundo de lujo oriental o imagen de él, fulgor de los atardeceres, esplendor en fin. Su rostro conservaba la blancura, tal vez juvenil, y las arrugas -patas de gallo de persona reidora, otras más profundas aunque no dramáticas - no dibujaban dureza en su rostro sino casi una blandura especial que ni siquiera sus ojos -negrísimo y profundos, acentuado su brillo y negrura de pupila con el kojol-, en momentos de enfado o de concentración para la adivinación, podían contrarrestar.

Porque Mamía poseía dotes de adivinación que utilizaba con toda naturalidad a través de los naipes, líneas de las manos, tacto en los cuerpos con los ojos cerrados, humos de hierbas o minerales elegidos para quemar, contemplación de los ojos ajenos y mil formas más, como la pura observación de quien llegara, o su conversación.

Un pelo, ya algo ralo, eternamente alheñado, que sus manos gordezuelas cuidaban y peinaban con primor, y tatuajes azulados en muñecas, tobillos, frente, barbilla y mejilla -aquella como lágrima en la vertical de su ojo derecho-, podrían completar la imagen o retrato exterior de aquella mujer, en verdad extraordinaria.

Porque Mamía era mucho más que esa imagen exuberante y que fascinaba, puro reflejo de su interior fuerte, comprensivo y tierno. Ella había recogido, asimilado y sintetizado toda la sabiduría del sinnúmero de gentes que habían pasado por allí, narrado sus viajes y aventuras, puesto en práctica su saber, reído y llorado en su casa, en ocasiones descansado en su regazo. Ella sabía y comunicaba lo que era la libertad y la vida. En su casa, o en las casas cercanas a su sombra, siempre había habido, para el visitante o el viajero que alguien de confianza le trajera, un plato de comida, una botella de vino o un cigarrillo de hachís, un consejo, un rincón para dormir, una adivinación o una profecía, un rato de charla o de música, un tiempo de silencio o de reflexión... Y nadie nunca había quedado defraudado. Ni en los momentos más crudos o más negros de la vida de la región -la noche colonial, la guerra contra el dominio orgulloso y cruel de los extranjeros, el periodo que siguió de xenofobia y desconfianza y represión policial a veces ciega, la costosa y ardua reconstrucción-, la Cueva del Agua a la sombra de Mamía nunca fue molestada; aquel territorio, como isla u oasis, siguió siendo como sacro refugio, fue respetado y, en el fondo -a pesar del desprecio de algunos, del temor de otros, del sentido de culpa de algunos más-, admirado con una mezcla de piedad y de amor. Muchos jóvenes con proyectos, en la ciudad de los vientos, habían pasado por allí en algún momento de su juventud; muchos viejos, sin proyectos ya, lo habían hecho igualmente antes de elegir su lugar para morir; muchos hombres maduros regresaban para recordar y agradecer -un rato de charla, una copa o un pitillo, un saludo-, un regalo para Mamía bajo el brazo...

Y así, también, este amanuense en su juventud llegó a visitar aquel verdadero santuario, recién muerta Mamía aunque en la memoria de todos viva, el año del lanzamiento de la Gran Confederación, y comprendió por qué en la Cueva del Agua se estaba fraguando algo de lo que luego llegó, por qué la Cueva del Agua y Mamía eran prehistoria -como aquel viaje al sur de Antón Dolores y tantas cosas más- de lo que luego había de venir tras la gran guerra y muerte de Juan Bravo, esto que dieron en llamar el paraíso de las islas.

Pero volvamos atrás, a estos años previos a la tanta marcha que llegó después. Eran tiempos que, aún hoy, casi años cuarenta de la gran guerra, aún me sobrecogen y emocionan: nunca lo podré evitar.

7

**El grupo en casa de Mamía; la anciana narra su historia,
la de su hombre Abderrahmán
y la del español Antonio Gutiérrez o Halimo el Cojo**

El taxista dejó a Lauari Bujudmi, al moreno Salem y a las dos Fatemas en el paseo de palmeras en lo alto del acantilado que dominaba o protegía Cueva del Agua. Buscaron una terraza de café próxima a la entrada al caminito que descendía por el acantilado hasta el mar y en uno de los veladores se quedó Salem con las dos muchachas a la espera de que Lauari bajara a casa de Mamía y tratara con ella la posibilidad de quedarse un tiempo, que calculaban breve, en Cueva del Agua.

--Vendré a recogeros o enviaré a algún chico de mensajero
-les había dicho el Bujudmi antes de lanzarse pendiente abajo.

Chicos jóvenes subían y bajaban, bajaban más que subían a aquellas horas, con cañas de pescar algunos, la mayoría simplemente para darse un baño en lo que llamaban el pedregal, especie de largo espolón de grandes piedras que protegía la entrada al puerto grande y desde el que podían ver de cerca y saludar a los barcos que entraban o salían de él. Lauari sonrió: no mucho tiempo atrás él había hecho por última vez aquella excursión con el mismo fin. En la cueva de la fuente que daba nombre al lugar se detuvo un instante para beber; algunos chicos bebían también o se lavaban la cara o los pies y las manos, bulliciosos. Se alegró de que no hubiera nadie de su barrio de Delmonte y Tirigó. A la izquierda, allá abajo, vio que maniobraba para salir de puerto el barco que dos veces por semana unía la ciudad con Alicante y Marsella. Bajó casi al trote, como una cabra más que como un caballo, a brincos, el trecho que le separaba de la casa de Mamía.

Por la puerta entreabierta del vallado de tablas, como barbacana de fortaleza antigua, vio a la vieja mujer acodada a la baranda de madera, vestida de azul pálido y a la cabeza un rosa tul con flecos; su perfil familiar seguía las maniobras del barco de Alicante y Marsella. Lauari permaneció inmóvil un espacioso minuto y luego se anunció.

--La paz sea contigo, Mamía guapa.

--¡Oh, Lauari! Te hacía lejos. La paz sea contigo, gandul.

Y la vieja abrió los brazos para recibirle.

En pocas palabras Lauari le narró a la vieja Mamía su aventura en el sur y viaje, así como el encuentro con Salem y Fatema, sin mencionarle que ésta fuera hija del rey Malek; pensó que era mejor que esa presentación se la hiciera la muchacha, una vez hubiera confianza entre ellas. Y Mamía se mostró encantada de recibirlos en su casa.

--Esto es pequeño, como tú bien sabes, pero podremos arreglarnos. Además, creo que Halimo no tendrá inconvenientes en que uséis una de las habitaciones de su cabañuela.

--Gracias, Mamía -Lauari le dio un beso en la frente a la vieja y, antes de echar a correr cuesta arriba, se volvió sonriente-. Y tenemos dinero, Mamía, mucho dinero. ¡Podremos comprar cosas! ¡Hasta colchonetas nuevas!

Menos de media hora después los cuatro viajeros, Lauari, Salem y las dos Fatemas, descansaban en el cobertizo-balcón de madera sobre el mar; Mamía les había preparado un te, verde y muy dulce, aroma de menta. Se la veía contenta con los recién llegados.

--Son guapísimas vuestras amigas -le decía a Lauari de vez en cuando; y a las chicas-. ¡Cuánta añoranza me despierta vuestra edad!

Tenía Mamía amargos y dulces recuerdos que contar y ningún reparo especial en hacerlo siempre que la audiencia fuese agradecida receptora. Aquel día se daba aquella circunstancia. Fue Fatema Bujudmi, en antecedentes por su primo Lauari, quien le rogó el relato. Y Mamía cumplió con aquel ruego con toda sencillez.

--Fui raptada, hija mía, cuando contaba aún con quince años, por quien sería mi primer amor y el único, sin duda, si el destino no hubiera sido tan cruel con nosotros. Se llamaba Abderrahmán y era hermoso, fuerte y con el coraje de un león. Él fue quien me trajo aquí, a la Cueva del Agua, y quien puso las primeras estacas y vallas, que no piedras, de lo que sería esta casa. Fueron meses felices los de los dos aquí, a pesar de que éramos verdaderos huidos, a escondidas de parientes, que no de la policía, sean dadas gracias al cielo, que por entonces no prestaban demasiada atención a los de nuestra nación y raza si no era en asunto robo o propiedad de la tierra o inmuebles en la ciudad. Cueva del Agua era tierra de nadie y en ella estábamos seguros por ello.

Las dos Fatemas se habían despojado del velo largo o haik, con el que habían ocultado su figura y rostro hasta llegar a casa de Mamía, y mostraban la belleza de su juventud; el pelo sedoso, abundante y negro,

enmarcaba ojos vivos y brillantados por el kojol y labios ambarinos, era delicada la piel de los brazos y las manos, de las muñecas de elegante movilidad al trastear con la tetera, los vasitos, la cocinilla eléctrica, el azucarero y las cucharillas, finos los tobillos y los pies descalzos, en el caso de Fatema Bentmalek -como había de llamarle Mamía tras conocer su historia y origen- adornados con espléndidas recias ajorcas de plata vieja. Se había instalado el grupo en una alfombra roja y negra que extendiera Mamía en el zaguán con baranda sobre el mar, grueso tapiz de los oasis de Aflu, y en torno a la redonda bandeja o senia troquelada de latón cobreño. Salem, en un taburete y acodado a la baranda de madera, escuchaba a la vieja de perfil, sus ojos sin duda fascinados por el azul del mar, aquella tanta luz.

--Pero el tiempo de felicidad no podía durar. No había transcurrido un año de nuestra instalación aquí cuando una tarde, maldita sea de los cielos aquella fecha, el mejor amigo y compañero de trabajo de mi Abderrahmán llegó a esta casa y en este mismo lugar me comunicó la mala nueva: la gendarmería extranjera los había detenido a los dos cuando volvían de dejarle al mayorista del mercado la pesca del día, y a mi hombre se lo habían llevado a la comisaría central. Aquella noche me la pasé en un llanto a la barandilla, el pobre Giménez sin saber qué hacer a mi lado para consolarme.

Este Giménez era español, aunque había nacido cerca de aquí, en una de esas casas colgadas de las rocas de allá arriba, y toda su familia, padres, tíos y primos eran pescadores y vivían allí; le llamábamos Halimo y fue el único de aquella familia que permaneció en Cueva del Agua, que nunca quiso salir de aquí. Halimo y Abderrahmán eran amigos desde la infancia; juntos crecieron y aprendieron las artes de la pesca, él fue mensajero de confianza de mi Abderrahmán ante mí cuando preparábamos mi huida y rapto, él fue quien ayudara a mi hombre en la construcción de esta casa, quien me ayudara a terminarla a mí cuando Abderrahmán me faltó, mi protector y amigo fiel en fin...

Mamía hizo una pausa y Fatema Bujudmi sirvió un nuevo te para el grupo. Lauari, que ya conocía la historia pero que en cada nuevo relato de ella se sentía atraído y emocionado, observó cómo Mamía frenaba el desarrollo de una lágrima con el dorso de la mano y la hacía desaparecer. Se levantó y, después de un gesto cómplice con la anciana, entró en la casa y salió al poco con una bolsita de plástico con hachís. "Siempre tu casa abastecida, Mamía", le susurró al pasar de nuevo hacia su sitio, a la vez que le daba un beso en la frente que ella recibió con los ojos entornados y gesto ensimismado y sonriente.

--Tras aquella noche triste, al amanecer, Halimo salió para la comisaría central para intentar rescatar a mi Abderrahmán. No quiso que yo le acompañara. Me explicó que su documentación personal era más respetada en la gendarmería de los colonos que la mía

o la de mi Abderrahmán, que le dejara hacer a él. A mediodía había de volver con el corazón ensombrecido y en ese rincón bebió vino y lloró de impotencia y rabia, yo a su lado también anonadada. Malamente consiguió explicarme que a mi hombre, su amigo, le habían acusado de prófugo, o desertor, o quién sabía qué, y le habían movilizado de manera automática para una guerra que entonces comenzaba allá, más al norte, más allá del mar. Aquella misma mañana le habían embarcado en un navío de oscura panza en Marzalquivir y él, Halimo, había seguido al camión que transportaba la columna de desdichados hasta las puertas mismas del puerto grande sin haber podido hacer nada. A la caída de la tarde, ya completamente borracho, Halimo me mostró el buque de guerra que navegaba por allí -y Mamía les señaló un punto en el horizonte por encima del pedregal y el pequeño faro que remataba el final del largo dique del puerto de Guajarán- y entonces ya no pude contenerme, y lloré, y grité, y me arañé el rostro hasta caer desvanecida, y durante varios días quise morir entre delirios, la imagen de aquel punto negro flotante de mis desdichas clavado aquí, en las sienes y en el vientre como un dolor punzante. Al cabo de una semana Halimo, que por no apartarse de mi lado no había salido a pescar en aquel tiempo, me contó que había estado al borde de la muerte y que habían tenido que hacerme abortar; yo, tan niña aún, ni siquiera me había enterado de que estaba encinta de mi Abderrahmán, la falta de menstruación la había interpretado como un signo más de mi felicidad y ni siquiera había llegado a inquietarme o sorprenderme...

Mamía hizo una pausa que Lauari aprovechó para pasarle el cigarrillo de hachís que entre él, Mamía y Fatema la princesa -Fatema Bujudmi y el moreno Salem declinaron corteses el paso del pitillo, se sentían bien sin él- estaban consumiendo. Luego prosiguió.

--Al cabo de tres tristísimos meses, una carta de Abderrahmán nos devolvió en parte la alegría. Dirigida a Manuel Giménez, Halimo, enviaba para mí tres pétalos de rosa rojos, una gota de sangre y una lágrima. Aún los conservo. Decía también a su amigo que creía que se estaba convirtiendo en un hombre cruel y que había matado a mucha gente, incluso niños y una mujer embarazada, lo que le hacía pensar que tal vez nunca debiera volver a vernos y le hacía temer que sucediera alguna desgracia como que un huracán o el fuego destruyeran nuestra casa. Terminaba aquella misiva, de bárbara y sobrecogedora letra mitad árabe, mitad castellano o francés, de una brutalidad que nunca antes ni después volví a conocer, en verdad anormal si no fuera porque Abderrahmán quisiera conmocionarnos expresamente, terminaba rogándonos que nos olvidáramos de él para siempre y que rehiciéramos nuestras vidas a ser posible juntos.

A la alegría inicial siguió la preocupación. Fue por entonces cuando conocí a la maga de Cristel; un día Halimo la invitó a Cueva del Agua y fue ella la que nos tranquilizó

al conocer la historia de lo que había sucedido; me explicó la maga que, sin duda, más que por los efectos de la dureza de la guerra, Abderrahmán sufría sin saberlo y desde la lejanía la nefasta influencia de nuestro hijo malogrado, y que habría solución; tan sólo, él debía saberlo así, como ella me lo había contado.

En el mes siguiente le escribí a Abderrahmán tres cartas semanales comunicándole la conclusión a la que había llegado la maga de Cristel para tranquilidad de su espíritu y para que pudiera expulsar los malos demonios que se habían adueñado de él, pero nunca obtuve respuesta. Y a los pocos meses Halimo me comunicó que se había apuntado de voluntario para la guerra de Italia, que era desde donde Abderrahmán nos había escrito, con la intención de encontrar a mi hombre, su amigo. Yo no sabía si animarle o disuadirle de la decisión tomada, en un verdadero laberinto de impulsos encontrados me sentía vivir, pero no hubiera hecho falta que lo hubiera tenido claro: la decisión de Halimo era firme. La víspera de su embarque como voluntario para la guerra en Italia, Manuel Giménez y yo hicimos el amor, por primera y única vez, pensando en Abderrahmán, él deseando llevarle mi más íntimo perfume, yo deseando que le llegara a través de su amigo algo de la vida dormida que le reservaba dentro.

Mamá hizo una nueva pausa. Todos respetaron el silencio emocionado de la anciana y Fatema -la princesa- preparó con elegancia el tercer te de aquella velada.

--Al cabo de pocos meses llegó carta de Halimo. Me decía que creía saber ya dónde podía localizar a Abderrahmán. Eran semanas terribles aquellas y nunca podré olvidar los bombardeos del puerto vecino de Marzalquivir que nos tuvieron en vilo a todo Cueva del Agua y a toda la ciudad. Otra breve carta de Halimo me comunicaba que ya sabía de su amigo y me hablaba, como de pasada, de la dureza de la guerra en torno a un monasterio en un monte de Italia.

Y luego, nada. Dos o tres años, no lo puedo recordar, de silencio absoluto hasta el día que apareció aquí, en esta misma balconada, en Cueva del Agua, un Francisco Giménez muy envejecido y cojo, intentando mostrarse sonriente, con dos niños de apenas un año en brazos: Halimo y Sherico...

Y Mamá se sobresaltó.

--¡Ay, qué tonta soy! ¡Debe de ser tardísimo y apenas he preparado nada para la comida! -se levantó un poco torpe-. ¡Se me han quedado medio dormidas las piernas! -y, a la vez que se alisaba el vestido azul pálido de tela vaporosa, llamó- ¡Halimo! ¡Sherico!

Pero hacía un rato que los dos chavales estaban allí. Algo mayores que Bujudmi y sus amigas aunque no de más edad que Salem, recién iniciada la veintena, Halimo y Sherico, con aire tímido,

se habían apostado a la puerta entreabierto del vallado de tablas que separaba su casa de la de Mamía y habían escuchado en silencio, con frecuentes miradas cómplices, la última parte del relato de la anciana. Tan sigilosos que nadie se había percatado de su presencia.

--Estamos aquí, Mamía -era Halimo el que hablaba, Sherico tras él asomaba la cabeza rizada por encima de su hombro-.
La paz sea con todos. ¡Hola, Lauari!

8

Sigue la historia anterior narrada por Mamía

Sherico trajo de la cabaña vecina a la de Mamía, que ocupaba con su compañero Halimo y compartían con la barca *Fluca linda*, una gran cesta llena de salmonetes, pequeñas lubinas mediterráneas, rascas y japutas, así como dos hermosos calamares. Salem contempló maravillado aquel racimo de frutos marinos y Mamía comprendió de inmediato su gesto.

--¡Ajá, hombre del llano! No sería un buen recibimiento ofrecerte esta comida en tu primer día en la costa -y añadió, mientras tomaba de manos de Sherico la gran fuente-. Tengo para ti, si quieres, unas costillicas y salchichas margués... ¡Ah, y leche y dátiles!

Entre Sherico, Halimo y Mamía prepararon el tardío almuerzo. Fatema Bujudmi quería ayudar, pero aquello del pescado le era poco familiar y a veces se encontraba con una de las piezas en la mano sin saber qué hacer y Halimo se reía y le enseñaba a destripar y limpiar el salmonete o la rasca; el contacto con el calamar le produjo a la chica tal sobresalto que Halimo -y Sherico tras él que les miraba entre maravillado y divertido, no podía comprender la torpeza de la chica con los peces y tenía que reprimir las ganas de reír a carcajadas-, ante el gesto de susto de la prima de Lauari, la hizo a un lado definitivamente y terminó él de preparar el pescado para la fritura.

--Aliñad la ensalada y disponed los cubiertos fuera, muchachas -intervino Mamía-. Lo del pescado no se os da demasiado bien a las gentes de tierra adentro.

Salem y Bujudmi, acodados a la baranda del cobertizo exterior de madera, contemplaban los barcos en puerto y el mar. A Salem le fascinaba el azul. Su rostro de ancha frente, nariz recta y mentón de dibujo regular y hoyuelo, muy moreno y de ojos brillantes, parecía iluminado por la emoción y le dijo a Lauari que era la primera vez que estaba así, frente a frente al mar.

Sherico les interrumpió para avisarles de que la comida estaba preparada. En torno a la gran bandeja o senia redonda, los siete, en poco tiempo, dieron cuenta de aquellos manjares tan exóticos para algunos, para otros tan familiares.

En la sobremesa, Mamía terminó de narrarles la peregrina historia de aquellos dos niños que Halimo el Cojo -como le llamaron en Cueva del Agua a Antonio Giménez a su regreso de la guerra- había traído consigo a casa de Mamía, y a los que ella había cuidado como a hijos suyos hasta lograr de ellos aquellos dos hombretones que a todo sonreían, buenos pescadores.

--Tenía Halimo el Cojo, o Francisco Giménez, una prima muy guapa de un pueblo muy pobre de Alicante, que se llamaba algo así como Iblís, el demonio juguetón, pero no Iblís, algo así como Ibís... Da lo mismo. La chica se llamaba Paquita, Paquita Giménez, como él. Cuando era una muchacha pasó por aquí, la recuerdo bien, para ver a su primo y de paso para una ciudad más al este, una ciudad muy rica por los fértiles campos que la rodeaban, pero muy maltratada cada generación por los terremotos, decían que a causa de que había sido un lugar muy famoso por las estatuas a las que las gentes ignorantes adoraban como dioses. Pues bien: en aquella ciudad había famosos burdeles para los colonos agricultores del norte que se habían instalado en la región, y la prima de Francisco tenía amigas de su pueblo allí trabajando que le habían escrito cartas animándola a venir a trabajar con ellas. Recuerdo que Francisco nos había comentado por entonces a Abderrahmán y a mí que no le agradaba demasiado que su prima se enrolara en un trabajo tan duro como es el del burdel, pero que en su pueblo alicantino era bastante insufrible la pobreza y ellos mismos, aquí en Cueva del Agua, no podían ofrecerle nada mejor.

Al menos una vez cada mes, Paquita Giménez venía a visitarnos. Recuerdo que nos traía frutas sabrosas como regalo y se mostraba contenta y bien vestida, muy alegre, y comentaba que casi todas las chicas de los burdeles se conocían de cuando niñas en el pueblo y se encontraban bien, como en familia. En una de esas visitas, poco después de la partida de Francisco para la guerra de Italia, Paquita se mostró muy triste y quiso convencerme de que viajara con ella a Sicilia para buscar a su primo y a mi hombre; me aseguró que tenía dinero suficiente para las dos y que nada malo podía sucedernos... La recuerdo aún vivamente, ahí, donde estás tú ahora, Fatema, pero sentada en ese taburete, elegante y bien maquillada con cosméticos de la ciudad, no como los nuestros, de vez en cuando pensativa mirando al mar. Pero yo no me animé a seguirla. Nunca había salido de la casa de mis padres sino para este lugar; de aquí, desde entonces, tampoco he sido capaz de salir; ni siquiera hasta Cristel. Este era, y es, todo mi mundo. No me sentí con valor entonces, y creo que tampoco lo haría ahora, para seguir a Paquita Giménez
-Mamía hizo una pausa. Suspiró-.
La misma tarde de nuestra conversación, la muchacha

tomó un barco para Trapani. Al pasar frente a esta casa, me saludó con un pañolón rojo que llevaba al cuello y yo lloré toda aquella noche y comprendí que mi destino escrito era el de una mujer que siempre habría de esperar, que sólo había de vivir aquello que el destino tuviera a bien enviarle...

Mamía tenía a las dos muchachas, a Lauari y al saharauí Salem prendados de sus palabras; Halimo y Sherico, en cambio, conocedores de la historia, comenzaron a mostrarse inquietos a medio relato y, al fin, se despidieron para ir a preparar una red que pensaban dejar echada al caer la tarde para recogerla al amanecer. Lauari les pidió que le avisaran antes de salir a la mar, que él ayudaría a uno de ellos mientras el otro subía a la ciudad para comprar algo con Salem, él no deseaba dejarse ver demasiado de momento. En ello quedaron y Mamía continuó.

--Cuando Francisco Giménez, ya Halimo el Cojo, llegó a Cueva del Agua con los dos niños en brazos, de aproximadamente un año de edad, nada me explicó de ellos salvo que debíamos acogerlos, como hijos que eran de gente muy querida para ambos. A pesar de su hermetismo, poco a poco pude ir haciéndome una idea de lo que había sucedido por los retazos de historia que Halimo me confiaba en sus cada vez más abundantes borracheras. Porque Halimo había comenzado a beber vino casi a diario (de esa época data la pequeña bodega que organizó detrás de la cocina) y a escuchar música flamenca obsesivamente en un aparato de radio que aún conservo por ahí, regalo de su prima Paquita, al que maltrataba si no conseguía encontrar una emisora que radiara aquella música y cante de lamentos y ritmo alegre combinados. Lo que pude saber de labios de Francisco Giménez en sus horas más comunicativas de flamenco y borrachera es que Paquita le había encontrado en su viaje a Sicilia; la guerra estaba a punto de terminarse y él era atendido de la herida en una pierna por una muchacha marroquí, pariente de oraneses amigos, con la que Halimo el Cojo (Francisco Giménez todavía) había de tener al niño Halimo en el momento mismo de la repatriación. En cuanto a Sherico, era hijo de Paquita y de otro compañero que nunca, ni en los momentos más comunicativos y menos violentos del alcohol, me quiso identificar; sólo pude saber que era aquel un hombre endurecido por la campaña, cruel y depravado, pero que un día había sido un buen amigo de ambos y, aunque nunca se lo logré hacer expresar, tal vez mío también..., con lo que hubiera sido, sin duda, mi hombre Abderrahmán. Había muerto en circunstancias oscuras justo en el momento de la repatriación, tal vez en una pelea a navaja, tal vez adrede, como muerte voluntaria o suicidio, tal vez a manos del propio Halimo... Éste nunca fue convincente al narrarme aquellos extremos; la emoción le embargaba al llegar a ese punto, o se ponía violento y había que dejarle solo hasta que le venciera el sueño. De la chica marroquí, madre de Halimo, sé que murió de una infección tras el difícil parto y que Paquita y él se hicieron cargo

de los dos bebés durante unos meses. De Paquita Giménez, finalmente, nada coherente me supo decir. Hasta el punto de que no sé si está muerta o volvió a su trabajo en el burdel de la ciudad de los ídolos o de otra ciudad cualquiera.

A Fatema Bujudmi se la veía muy impresionada por la historia narrada por Mamía, y Fatema, la princesa, a punto estaba de que se le saltaran las lágrimas. Lauari, conocedor de la historia sólo a medias hasta ese momento, se mostraba pensativo y en su rostro inusual seriedad. Salem parecía absorto en la contemplación del ancho llano marino. Mamía concluyó.

--Habían sido tiempos difíciles para todos... Pero tiempos más difíciles aún fueron los inmediatamente posteriores, ya no con la guerra en Italia y más allá, que aunque lejana la sufrimos, sino con guerra en casa. Cuando Halimo y Sherico iban a comenzar a ir a la escuela, la situación comenzó a hacerse insostenible y el terror causado por los colonos extranjeros llegó a sentirse hasta en Cueva del Agua, con frecuentes registros y desapariciones. Halimo el Cojo estaba, por otra parte, cada vez peor; más embrutecido por el alcohol, más enardecido por el flamenco y más desmejorado físicamente que nunca, en verdad devorado... Cuando un día tomó su decisión final. Conectó con la guerrilla urbana de la ciudad de los vientos, se pasó tres días y tres noches sin probar el alcohol, dijo que iba a emprender un largo viaje, y le vimos perderse desmonte arriba de Cueva del Agua con el cesto grande de la pesca al hombro. Yo sabía que allí llevaba la bomba. A mediodía estallaba la cafetería del hotel Central, al parecer repleta de militares y colonos, y Halimo el Cojo, Francisco Giménez, el abastecedor de pescado fresco del hotel, pescador español, moría también en el atentado.

Sherico, el hijo de Paquita Giménez y del para Mamía misterioso desconocido, había entrado en la casa al final del relato de la anciana y había esperado cortés a que ésta llegara al desenlace, bien conocido por el muchacho. A Lauari, Halimo, el hijo del pescador español Francisco Giménez, el Cojo, le esperaba con la red en la *Fluca linda*. De la mano, el moreno Salem y el hijo de Paquita Giménez pasearon de compras por la ciudad de los vientos.